EL TESTAMENTO DE AGUSTIN DE FOXÁ

Eso de escribir es una tontería: a mi más que la literatura me gusta la vida

Por Marino Gómez-Santos

LE veo sentado en un banco de la Plaza de Oriente, como un torero retirado que hubiese engordado un poco. Le veo afilando su ingenio en los salones de la sociedad y de la embajada. Le veo como un trotafirmamentos, subir a un avión en Roma y bajar de un avión en Méjico.

Era un poeta del Renacimiento que había nacido fuera de su tiempo. Llevaba en el corazón un Madrid provinciano del romanticismo español, por cuyas calles cruzaba la calesa con toldilla de los toreros que iban a la plaza en una tarde de sol.

El testamento de Agustín de Foxá

El, que era un hombre de mucho talento y de intuiciones muy claras debía saberlo. Quizás sospechaba que aquellas conversaciones que sostenía conmigo, iban a ser su testamento literario.

—Me voy destinado a Manila; pero no voy con alegría. Tengo un mal presentimiento en el corazón.

Había nacido en la calle de Atocha.

—Era entonces una calle destripada, en carne viva, con tiendas de hombres plásticos con sus músculos al aire, sistemas nerviosos, calaveras, ortopedia, bisturíes; todo para los estudiantes del San Carlos, que está un poco más abajo.

El Retiro. Le llevan en un coche de caballos vestido de marinero.

—El cochero se llamaba Eustaquio. Le daban zanahorias, que los caballos comían entre esa espuma verde y el hierro del freno. Cuando aparecieron los primeros Daimlers con radiador plateado, se quiso hacer chofer, pero fracasó. Cerca de Jadraque nos metió entre unas viñas y unos olivos. Era muy difícil pasar de una época a otra. Yo creo que he estado enfermo de los nervios por el pecado de haber ido de niño en coche de caballos y de diplomático en avión supersónico.

La Casa de Campo. El poeta Foxá sabía poner su acento de humor en los relatos.

—Vi mucho al rey jugar al polo. Me acuerdo que una vez el marqués de Viana le rozó con la maza la cara, y el rey, aludiendo a las desnarizadas estatuas de piedra, le dijo: "A poco me dejas como los de la Plaza de Oriente".

Amaba lo típico de su pueblo

Era un aristócrata entusiasta de lo popular, amigo del pueblo.

—Yo odio lo cursi, no lo popular. El pueblo no es cursi y un campesino, menos. Un campesino recibe como el duque de Alba. Las verbenas a las que yo iba, eran San Antonio de la Florida y las que había en Atocha, donde la estación de Mediodía. Entraba en todas las barracas menos en las de monstruos, donde mostraban a las hermanas

pegadas por el corazón, porque esto lo reservaba para los futuros pintores y escritores tremendistas.

Tomó parte en la confección poética del himno a la Falange

Era uno de los amigos predilectos de José Antonio Primo de Rivera.

—Yo escribí la primera estrofa del himno a la Falange. De los primeros recuerdos que tengo de José Antonio es volviendo de Segovia de noche. Conducía él. Habíamos visto el Alcázar bajo la luna. Parecía una imitación de Gustavo Doré. Recuerdo que me dijo: "No hay que dejarse vencer. Esto nos lleva al corazón. Pero hay que estar con lo clásico". Tenía horror a lo romántico.

Le pregunté aquella tarde que cómo y dónde había escrito el Himno a la Falange.

—Pues, mira. Con un bacalao al "pil-pil" hicimos el "Cara al sol". Habíamos visto por la tarde "Tiempos modernos", de Charlot. Este genial subversivo fue el que involuntariamente hizo posible que nos reuniésemos. Nos fuimos a cenar a Or-Kompon, un restaurante de la calle Miguel Moya. Fuimos abajo, al sótano, donde había un piano. Yo escribí la primera estrofa: "Cara al sol con la camisa nueva".

Había recorrido el mundo en sus destinos diplomáticos. Y su labor receptora tenía siempre un aliento poético, enormemente plástico, con fuerza creadora y fantasía.

—Curzio Malaparte se me presentó en un Helsinki de porcelana, con hielo, a 30 grados bajo cero, en mi casa, que era la Legación de España en Finlandia. Venía vestido de alpino italiano, con una pluma en un sombrero parecido al tirolés. Me avisó antes que quería conocerme. Le invité varias veces a cenar.

Curzio le propuso a Foxá ir al lago Ladoga.

—Llegamos a tres kilometros de Leningrado, desde donde vimos con gemelos las fábricas y las cúpulas de Nuestra Señora de Kazán, donde en tiempos del zar se casaban las nobles familias.

Colofón

Colofón

Había sido poeta comediógrafo, cronista excepcional. Y era, por encima de todas las cosas, un enamorado de la vida.

—**Todo me lo ha enseñado la vida. La crueldad de la vida consiste en que cuando te ha formado casi completamente, cuando has hecho de los sentimientos puras delicias, hay que hacer mutis irremisiblemente.**

Y a él la vida le había dado ya todo eso. Y aquellas conversaciones, mientras paseábamos por el Retiro, eran —hay que ver Dios mío— su testamento literario.